

SITGES 2018. 51 FESTIVAL INTERNACIONAL DE CINE FANTÁSTICO DE CATALUNYA

POR JAVIER J. VALENCIA



¿Puede considerarse la presente edición del Festival de Sitges la mejor del siglo XXI? Un éxito brutal a nivel de entradas vendidas (con el lleno hasta los topes en prácticamente todos los cines durante los fines de semana en cualquier sesión), una organización ejemplar (que ha hecho olvidar ciertas meteduras de pata de años anteriores), una galería de invitados que ya querría para sí cualquier Festival de categoría A (por la alfombra roja de Sitges pasaron, entre otros, Nicolas Cage, Tilda Swinton, Ed Harris, Peter Weir o M. Night Shyamalan, pero no por ello olvidaron a ilustres presencias del fantástico y del cine de género como Pam Grier, Dyanne Thorne, William Lustig o Traci Lords. Y también estuvo Ron Perlman, ese gran actor capaz de pertenecer a ambos mundos) y una selección de títulos verdaderamente destacable, así lo atestiguan. No ha sido un año exento de las clásicas polémicas que tarde o temprano asolan la localidad durante el mes de octubre pero en esta ocasión, el “escándalo” (entrecomillado, sin duda) protagonizado por el joven *youtuber* Wismichu, al presentar una ¿película? que era en realidad una excusa —en la filmación se veía en bucle una misma escena de su protagonista pidiendo un bocadillo en un bar- para grabar la reacción del público que irá destinada a un futuro documental tiene toda la pinta de que terminará en el cajón de lo anecdótico dado que la relación entre su público y la habitual del certamen es prácticamente nula y que la situación tuvo a la larga más de chiquillada en pos de llamar la atención que de una verdadera actitud transgresora. Aunque no estoy

personalmente nada metido en el mundo de las nuevas estrellas de los medios de comunicación de las redes, lo cierto es que la actitud de Wismichu contrastó con la de otro popular *youtuber*, Rubius, que presentó su producto *Virtual Hero*, una serie de animación para amantes de los videojuegos destinada a un público infantil y juvenil con profesionalidad y que se tomó mucho más en serio el –loable, pero quizá poco práctico con vistas al futuro- intento de *crossover* entre ambos mundos por parte del equipo capitaneado por Ángel Sala.

Ningún *bocadillo*, por malo que sea, podrá empañar momentos inolvidables como el encuentro con los fans del legendario director Peter Weir. Memorables fueron sus recuerdos acerca del primer beso que rodó, ¡cuando ya llevaba seis cintas!, entre Sigourney Weaver y Mel Gibson en *El año que vivimos peligrosamente* (1982), su charla con Stanley Kubrick acerca de cómo a los dos les hubiera encantado disponer del talento para componer las bandas sonoras de sus respectivas películas, o su insólito modo de preparar sus guiones, que consistía en grabar sus tratamientos (previos a añadirles diálogos) del libreto y después escucharlos como si de un drama radiofónico se tratara, incluyendo efectos de sonido-. O el pase de *El show de Truman* (1998) presentado por el propio director y el actor Ed Harris en el Casino Prado, donde recordaron cómo se conocieron y el protagonista de *Westworld* explicó que preparó su personaje de Christof (el manipulador productor que controlaba la vida del personaje de Jim Carrey, inmerso en su galaxia ficticia televisada) con muy pocos días de antelación dado el poco tiempo que dispuso entre que dio el visto bueno al proyecto y el inicio del rodaje (y que le terminaría dando un Globo de Oro y una nominación al Oscar al mejor actor secundario). O la presencia de Alex Proyas, que no vino a presentar ninguna de sus obras más populares como *El cuervo* (1994) o *Dark City* (1998), sino su semi-olvidada opera prima *Espíritus del aire, gremlins de las nubes* (1989) en una nueva copia remasterizada, dentro de la revitalizada sección Seven Chances (la semana de la crítica), que se ha reinventado como *recuperadora* de films para degustadores de rarezas y títulos semi-olvidados. Como *Dream Demon*, de 1988, que en su día fue considerada como *la respuesta británica a “Pesadilla en Elm Street”* y que contó con la presencia de su director Harley Cokeliss, o el documental *Blue Velvet Revisited* (Peter Braatz, 2016), curiosa delicia que tiene casi el formato de un *álbum fotográfico de recuerdos* acompañado de declaraciones de David Lynch y su tropa en 1986 cuando estaban rodando algo que no sabían muy bien qué forma iba a tener y que acabó convirtiéndose en un clásico indiscutible como fue *Terciopelo azul*). Son solo tres ejemplos de los muchos que ha habido en esta 51 edición que parecía empeñada en tener el brillo que no llegó a tener la anterior, que en comparación y por efemérides fue un tanto deslucida.

Como cada año, inevitablemente, llega un momento en el cual tenemos que escuchar frases tipo *los jurados son soberanos* o *nunca llueve a gusto de todos*. El premio este año a la mejor película fue para *Clímax*, del eternamente provocador hasta el cansancio Gaspar Noé, su obra más musical que escondía (con cero sutilezas y a pecho descubierto) una clara metáfora sobre la Francia actual y que causó el revuelo habitual entre los seguidores más acérrimos del cine fantástico que todavía consideran que cintas de este tipo no deberían estar en la sección oficial. Pero ya no sorprende, desde el periodo en el cual Alex Gorina fue el presidente del evento (1994-1998) Sitges es bicéfalo, y es el jurado de cada edición quién determina si toca ser *Festival Internacional de Catalunya* o *Festival de cine fantástico*. Lo cierto es que la calidad media de la sección oficial fue bastante alta, quizá no hubo ningún largometraje que dejara la sensación de estar ante una obra de inmensa magnitud, pero realmente ninguna

de la presentadas era en absoluto carente de interés. Luego ya en las secciones paralelas hubo para todos los gustos y colores, pero dentro de la brutal cantidad de títulos que presenta en Festival (más de 220) algunas como *Noves Visions* ya son un clásico deporte de *alto riesgo*, donde detrás de una sinopsis interesante o de un tráiler resultón puedes luego encontrarte tanto como un homicidio al buen gusto como el gran descubrimiento del año. Término medio, pocas, casi ninguna. Este año, la vencedora de dicha sección fue *Desenterrando Sad Hill*, un documental de Guillermo de Oliveira en el que explica la aventura de un grupo de fans de *El bueno, el feo y el malo* intentando desenterrar lo que quedaba del cementerio de su escena final, rodada en Burgos. Levantó una ovación apasionada y fue un triunfo que dejó a todo el mundo satisfecho. La otra proyección que hizo levantar al público de sus asientos y aplaudir hasta rabiar fue la comedia japonesa *One Cut of the Dead*, de Shinchiro Ueda, vista en la sección Discovery, pero el premio de este apartado cayó en manos del anime *Maquia: When the Promised Flower Blooms*.



Y ahora, como es común en cada cobertura anual en esta revista, comentaremos brevemente los films más destacables y/o relevantes vistos en esta edición del Festival Internacional de cine de Sitges 2018:



SUSPIRIA (Luca Guadagnino): Una de las cintas de terror más esperadas de la temporada fue la escogida para inaugurar el Festival después de su paso por el de Venecia, donde capturó adhesiones incondicionales y rechazos absolutos. Era predecible, pues, que en un certamen más abierto al género fuera recibida con mucha mejor aceptación. La *reinterpretación* (más que *remake* al uso) que hace Guadagnino de la legendaria cinta de Dario Argento es inteligente, plásticamente sobrecogedora y, por momentos, capaz de trasladar genuina magia negra a la pantalla. Pero parece que el director se ha pasado un poco de ambicioso al meter demasiados ingredientes, y decide que, aspectos que parecían meramente coyunturales relativos a la época en la que sucede la acción (la década de los 70 y los conflictos provocados por el grupo terrorista Baader-Meinhof en aquellos días, o la horrible herencia dejada por el nazismo en uno de los protagonistas, un profesor desdichado, al que va vida por cierto un *intérprete sorpresa*) y que estaban sirviendo de un tenebroso envoltorio que parecía reverberar alrededor de los acontecimientos que ocurrían en la academia de baile ahora situada en Berlín, pasen a un innecesario primer plano en un sexto acto (que curiosamente escoge unas decisiones estéticas un tanto cuestionables a partir de ese momento, cuando hasta entonces el film poseía una belleza contundente) y en un epílogo un tanto decepcionante. La promesa de que la oscuridad está a punto de estallar, latente a lo largo del metraje (*no sé por qué todo el mundo se comporta como si lo peor ya hubiera pasado*, le dice en un sugerente diálogo el personaje de Dakota Johnson a la maestra interpretada por Tilda Swinton) no se cumple y deja un regusto un tanto amargo al mostrar un final sorprendentemente complaciente. En cualquier caso, más que interesante, realizada con verdadero talento. Por momentos, llega a estar incluso a la altura de la original, y aunque no redondee la jugada, ya es decir mucho en esta era de nuevas versiones totalmente insípidas.



LO QUE ESCONDE SILVER LAKE (*Under the Silver Lake*, David Robert Mitchell): En un caso semejante al de *Supiria*, la nueva obra del director de *It Follows* llegaba a Sitges después de haber sido uno de los filmes más esperados en el pasado Cannes y que sin embargo fue acogido con la más absoluta de las tibiezas. Y aunque es un producto tremendamente irregular, incluso un tanto cargante debido a lo enfebrecido de su narración, admito que me ha sido totalmente imposible no encariñarme con él. Durante las andanzas de Sam (Andrew Garfield, en un papel, el del *detective mofeta*, en el que encaja como un guante) para reencontrarse con Sarah (Riley Keugh), de la cual se

enamora nada más verla en el motel de mala muerte de Los Angeles donde ambos conviven y del cual desaparece de un día para otro sin dejar rastro, descubrimos un mundo oculto al cual tan solo se puede acceder descubriendo las claves que deja la cultura popular. Para lo que le hará falta descifrar, por ejemplo, los códigos codificados de la canción de un disco de siete pulgadas o lograr unir sabiamente los puntos de un laberinto dibujados a modo de juego infantil en una caja de cereales. Dado que los amantes de los largometrajes y las series de culto a menudo se comportan (nos comportamos) de igual manera, incluso en la misma vida en ocasiones, hay un reconocimiento inmediato, más que un guiño, casi un abrazo, a un cierto tipo de público que la va a reconocer como la notable película que es. El resto del planeta la odiará, eso está claro. Resulta una jugada muy semejante a la que hizo Richard Kelly una década atrás con la también muy atractiva *Southland Tales*, una pieza de culto *prefabricada* y totalmente auto-consciente de lo que era y que prácticamente decapitó la carrera del director de *Donnie Darko* de cara a las grandes producciones. Mucho me temo, a pesar de su valentía, que David Robert Mitchell se haya hecho el *hara-kiri* de igual manera ante los productores de la ciudad de los sueños mirando directamente hacia el cartel de Hollywood.



LA SOMBRA DE LA LEY (Dani de la Torre): Tras haber debutado con la consistente *El desconocido* tres años atrás, Dani de la Torre sube el nivel de ambición en su carrera con *La sombra de la ley*, drama ambientado en la Barcelona de los primeros años 20 en la cual entrecruzan sus caminos un misterioso agente de la ley encarnado por Luis Tosar, un triunvirato de policías corruptos, el regente mafioso de un *music hall*, su cabaretera favorita y un grupo de sindicalistas. El relato empieza bien, presentando adecuadamente a los personajes principales en su primer cuarto y luciendo un diseño de producción muy cuidado. Pero lo que en un primer (y muy prometedor) momento parece que va a ser una especie de versión de *Grupo 7* en la tercera década del siglo XX pronto vira hacia el resto de personajes y se convierte en un ampuloso drama que pretende ser una suerte de *Érase una vez en Barcelona* y que incluye sinfín de homenajes, desde Martin Scorsese a Sergio Leone pasando por Matthew Vaughn (en una imposible escena de acción que parece totalmente fuera de lugar) y una, en su tramo final, cada vez mayor galería de situaciones previsibles y diálogos manidos. Al final, y a

pesar de la buena labor técnica e interpretativa, se resiente de un guion mejorable, menos necesitado de gustar a todo el mundo.



MANDY (Panos Cosmatos): El que suscribe no es que fuera precisamente el mayor fan del mundo de la película previa de Cosmatos, aquel *Beyond the Black Rainbow* que sobreponía el estilo sobre la sustancia abismalmente, y que, aunque lograba una obra visualmente muy poderosa mostraba, especialmente en su recta final, un consciente cierto desprecio hacia su propio guion. Pero *Mandy*, sin renunciar a situar a la imagen en un pedestal por encima de la letra, está mucho más elaborada y resulta un *trip* coherente consigo mismo. Una rocosa cinta de venganza en la que Nicolas Cage atraviesa un paisaje cada vez más y más pesadillesco enfrentándose a un culto satánico y a unos motoristas infernales con sierras mecánicas o ballestas. Una fantasía enfebrecida –comienza situada en un plano real, para poco a poco convertirse en un laberinto que parecería surgido de la mente de un Fritz Leiber, a medida de que su protagonista se interna en su propia locura- estructurada sólidamente y que no renuncia, pese al tono sombrío que la envuelve, a disponer de un peculiar sentido del humor, tanto en la demencial interpretación de su estrella principal como en algunos de los momentos más delirantes del film (véase el encuentro con el personaje del Químico interpretado por Richard Brake y su imposible conversación *mental*). Densa, violenta y plásticamente muy hermosa, *Mandy* bien podría ser una metal-ópera convertida en imágenes, con un primer acto que sería una especie de rock progresivo psicodélico, para paulatinamente convertirse en *black metal* sinfónico. Un título de culto instantáneo. Ganadora del premio a la mejor dirección.



EL APÓSTOL (*Apostle*, Gareth Evans): Sitges siempre ha permanecido al margen de polémicas con Netflix, la plataforma de *streaming* más popular del mundo, y al contrario que Cannes no tiene inconveniente en mostrar en una sección oficial películas destinadas a su consumo inmediato en la pantalla de televisión. Y me considero afortunado por haberlo visto en pantalla grande, ya que es uno de aquellos títulos que hubieran merecido conocer estreno en las inimitables salas de cine. *El apóstol* podría situarse como parte del género de terror rural que tiene a *El hombre de mimbre* (la original de Robin Hardy, no su ridículo *remake*) como su principal referente, y que suele mostrar a pequeñas comunidades aisladas paganas adorando a algún tipo de deidad poco corriente y que generalmente implica algún tipo de ritual o sacrificio: pero Gareth Evans es un reconocido director de cine de acción (suyas son las imponentes dos entregas de *The Raid: Redada mortal*) e introduce sus propios ingredientes en cuanto a brío y nervio, convirtiendo a un relato que tiene una primera mitad que bien podría ser una nueva versión de cualquier cinta de terror rural inglesa de los años 60, templada y sugerente, en un relato de terror físico contundente y en ocasiones frenético, y muy violento –más para los cánones de Netflix-. Como manda su género, no evita incluir cierta metáfora social (en tiempos sombríos las figuras fascistas suelen aprovechar la situación para hacerse con el poder; todas las tripas y los desechos ofrecidos en ritual permanecen en la red de alcantarillado del pueblo, destacando lo podrido de la localidad bajo sus cimientos) y también destaca la relación del hombre y la naturaleza (y lo fácilmente que puede olvidar su pertenencia a ella). Seductora y con un toque amargo, resultó una de mis favoritas del certamen, y entre sus brotes de *gore* dejaba mostrar ciertas muestras de delicadeza, como pueda ser la sencilla y sincera motivación del personaje principal, Thomas (un Dan Stevens calcando prácticamente su rol de David Haller en la serie de TV *Legion*), que se introduce en la misteriosa comunidad con la intención de rescatar a su hermana, secuestrada para pedir un rescate, aunque implique poner a prueba su fe perdida en Dios (que tanto puede significar su propia fe en la humanidad, como un deidad más de un poder superior a la que adoran los secuestradores). Las localizaciones son deprimentes y fangosas, y logran crear un entorno asfixiante. No es perfecta, tiene demasiadas tramas y personajes y no todo llega a concretarse de un modo precisamente ejemplar (y que incluso da que pensar si originalmente no fue concebida como una serie televisiva), pero si totalmente recomendable para los amantes del *folk horror*.



LA CASA DE JACK (*The House That Jack Built*, Lars Von Trier): La que sí fue concebida (y muy publicitada hace casi un lustro como tal) como proyecto catódico fue *La casa de Jack*, que evidencia dicho *status* al estar dividida en cinco segmentos y un epílogo (a buen seguro diferentes capítulos en su formato original) que narran cinco crímenes perpetrados por un asesino en serie (el Jack del título, interpretado por un Matt Dillon para el que no parece pasar el tiempo, ni en la película ni tampoco en la vida real) durante doce años en el estado de Washington. Aunque ya hace mucho tiempo que Von Trier parece más interesado en jugar al gato y al ratón con los espectadores y la crítica y parece excesivamente preocupado por cómo va a ser percibido ante cada nueva obra, su talento detrás de las cámaras sigue siendo descomunal y hay que reconocerle que tiene un especial don para el sentido del humor, aunque sea negro, negrísimo, en este caso. Los dos primeros capítulos –los mejores– juegan en esa condición de *comedia protagonizada por psicópata* y especialmente el relativo a su trastorno maniático-compulsivo es especialmente brillante. En los dos siguientes ya parece su protagonista mimetizarse con su director y responder mordiendo a las habituales acusaciones de *misógino* y *misántropo* que suele recibir. Pero a estas alturas pedirle a su director que modere su ego parece absurdo y, además, tampoco estoy muy seguro si ya nos interesa realmente que sea de otro modo: no tiene, y me atrevo a asegurar que no tendrá, ningún interés en capturar a ningún público nuevo, si no a seguir jugando con sus habituales *seguidores* y *detractores*. De estos, me refiero a los que no pueden resistir a ver su nueva obra a sabiendas que van a sentirse decepcionados u ofendidos. Los primeros, van a disfrutar, aunque no se trate de una de sus mejores películas.



POSSUM (Matthew Holness): Mientras que compañeros suyos de generación y de teatro (véase Alice Lowe o Richard Ayoade, con los que compartió protagonismo en su popular serie *Garth Marenghi's Darkplace*) han ido alcanzando en mayor o menor medida el éxito, Matthew Holness ha seguido cultivando su peculiar gusto por el *pulp* y los filmes de culto, y su primer largometraje tiene el estilo y la forma del cine de explotación de terror inglés de bajo presupuesto de los años 70, los llamados *nasties*. *Possum* es una muy desagradable historia (según Holness inspirada por los delitos sexuales de Jimmy Saville) acerca de Phillip, un artista de marionetas que se ve obligado a volver a vivir con su tío Maurice (Alun Armstrong) a su viejo y destartado

hogar en una zona particularmente deprimente de Norfolk. Pronto se ve asediado por su principal títere, de espantosa forma de araña, pero rostro humano, que le atormenta en sus pesadillas, mientras que paralelamente las noticias informan de la desaparición de un adolescente en la misma zona. Lenta, reiterativa, y terriblemente perturbadora, *Possum* opera en un complejo registro psicológico, en el cual el personaje interpretado por un brillante Harris se ve perpetuamente asfixiado por traumas de su infancia y por una dolorosa soledad que solo se ve interrumpida por las muy incómodas apariciones en escena de su tío. Se trata de una película densa y difícil, no apta para todos los paladares, y que tuvo la mala suerte de ser proyectada en uno de los maratones de madrugada entre semana (aunque en defensa de los programadores del Festival, hay que reconocer que se trata de una cinta muy difícil de ubicar a cualquier hora del día).



LORDS OF CHAOS (Jonas Akerlund): Otra cinta que despertará cierta polémica en un futuro cercano es *Lords of Chaos*, adaptación del libro de Michael Moynihan y Didrik Soderlind que explicaba la historia de las bandas de *black metal* noruego Mayhem y Burzum, y que incluía el suicidio de uno de los componentes fundadores de la primera banda, la quema de iglesias y finalmente el asesinato. La controversia (minoritaria, ya que no son bandas cuyo estilo musical lleguen a la masa) ya existió con la publicación del libro en 1998 por parte de los seguidores de los grupos ya que consideraban que era partidista y estaba llena de omisiones que no permitían conocer en profundidad en especial a Euronymous (Rory Culkin) y Varg (Emory Cohen), los distintos fundadores que después formarían el *circulo interno* de dicha escena, que según el film en ocasiones operaba como una banda criminal. Difícilmente una versión en dos horas mejorará en profundidad al libro, pero el largometraje resulta muy interesante para los que somos desconocedores del tema y resta un cierto tono de grandilocuencia que se otorgaba en ciertos artículos a sus protagonistas (independientemente de lo más o menos afortunado que sea presentar a uno como un oportunista y a otro como poco menos que un psicópata con no muchas luces). Se echa en falta una banda sonora que realmente utilice *black metal* (todos los grupos del entorno se negaron a formar parte del *soundtrack* del film), pero acusar a un *biopic* cinematográfico de ser una dramatización subjetiva de la realidad resulta absurdo —lo son todos y cada uno de los que existen—, y en este caso la insólita colección de sucesos

y crímenes que se encadenan uno tras otro hasta estallar en su violento final ya mantienen los ojos abiertos del espectador por sí solo. Y sin caer gratuitamente en el sensacionalismo (o al menos, no todo lo que podría).



HALLOWEEN (David Gordon Green): Después de su triunfal paso por Toronto pudo verse “la secuela” de la clásica cinta de John Carpenter de 1978: importante recalcarlo ya que esta entrega está planteada como una continuación de la original, ignorando *Sanguinario* y toda la colección de continuaciones que tuvo ésta hasta el 2002, y también las *reinterpretaciones* ideadas por Rob Zombie, aquellos *Michaels Myers de autor* que resultaban tan interesantes y agotadores a partes iguales. Gordon Green elabora un *slasher* de sabor muy clásico que ignora tanto aspectos que ya parecían *canon inamovible* de la saga –Michael y Laurie no son hermanos, pero en la propia película se deja caer que se ha creado un *mito* en torno a ello, provocado por la prensa y los falsos rumores- como otros establecidos en el género desde los años 90 desde la triunfal aparición de *Scream* –no importa si ha habido relaciones sexuales entre los jóvenes antes de morir, no hay una *distinción* entre víctimas-. En cambio, si es un *Halloween* para la *Generación Me Too*, y juega bastante con la idea de que, si la cinta primigenia incluía una alegoría de Myers como depredador sexual, en esta continuación muestra a una Laurie Strode sobradamente preparada para convertirle en un *cazador cazado* apoyada por su hija y por su nieta. Funciona dentro de su género, y precisamente considero que el error de Rob Zombie fue pedirle demasiadas peras al olmo: aquí todo está en su justa medida, la violencia, las sencillas metáforas, los (muy aplaudidos por el público) guiños a la original, en especial un plano que remite a un momento muy recordado de la cinta de Carpenter, pero añadiéndole un significativo cambio de roles...

DRAGGED ACROSS CONCRETE (S. Craig Zahler): Los policías que protagonizan *Dragged Across Concrete* están al filo de la ley, pero no lo suficiente para despertar antipatías. Igualmente, los dos ladrones protagonistas tienen –en especial el interpretado por Tory Kittles- las suficientes motivaciones para que los espectadores se pongan de su lado. Por en medio, una banda de villanos de esa *Europa del Este indeterminada* de la cual parecen surgir todos los males en muchos largos de acción actuales: muy violentos y más malos que la tiña. El choque de trenes es inevitable, y Zahler lo cuece a fuego lento, y tal y como había hecho en sus dos películas anteriores –

el western con toques de terror *Bone Tomahawk* y el drama carcelario que terminaba en un reguero de sangre y columnas partidas *Brawl in Cell Block 99*- a la larga termina siendo como contemplar un accidente de coche a cámara lenta: el final va a ser explosivo y fatal. Por lo demás, Zahler es un verdadero “campeón de la retronostalgia”, y no se apoya en bandas sonoras recargadas de sintetizadores o en carteles de neón para intentar llevar al espectador al estilo de cine de otra época, sino en una simpleza en las motivaciones de los personajes, en ir directo al grano y en no tratar de evangelizar en absoluto sobre la violencia o la ley. Y aunque en todo momento de la sensación de que *solo uno saldrá vivo* no trata de ser moralizante: *Dragged Across Concrete* es un policíaco que a ratos parece de los 70 –personajes complejos, líneas transparentes entre luces y sombras- y a ratos de los 80 –acción expeditiva, violencia explícita- con un ejemplar trabajo de guion y una más que correcta ejecución. Y, sin embargo, con todo lo satisfactoria que resulta –que lo es, y mucho-, su director me vuelve a dejar con la sensación que le ha faltado algún ingrediente más, quizá una mayor concreción, quizá una mayor claridad de ideas.



SUPERLÓPEZ (Javier Ruiz Caldera): Una de las propuestas más esperadas por parte del fandom español era la adaptación del popular que ha ido enamorando a diferentes generaciones. El resultado es un producto (no creo que nadie se esperara otra cosa, ni debería) bien manufacturado, elaborado con una gracia (aunque tenga un sentido del humor que bebe demasiado de las series de televisión) y buen sentido del ritmo, con unas más que correctas interpretaciones donde destacan Julián López y una verdaderamente divertida Alexandra Jiménez en el papel de Luisa Lanús, el objeto de deseo del protagonista. A partir de ahí, los expertos en el cómic original podrán (y lo harán) encontrarle más o menos pegos o lamentar que hubiera adaptado tal tebeo de Jan y no otro, pero en eso no se va a diferenciar mucho de cualquier otra adaptación del *comic-book* norteamericano.

En resumen: el Festival de Sitges 2018 podrá ser recordada como una de las ediciones más ejemplares que ha tenido en los últimos tiempos. Para mejorar en el futuro, sería interesante si por fin decidieran rebajar el volumen de títulos proyectados (ante el maremágnum de horarios en esta edición ha sido muy complicado dar con las nuevas obras de Peter Strickland o Takashi Miike, por ejemplo), quizá uniformando las

excesivas secciones paralelas. En cualquier caso, una edición formidable, que ojalá marque una línea a seguir en el futuro. Activemos de momento la cuenta atrás hasta la futura edición del 2019, que tendrá como tema principal el 40 aniversario de *Mad Max* de George Miller, aunque también rendirá homenajes a *The Warriors*, de Walter Hill, *Alien*, de Ridley Scott, *Apocalypse Now* de Francis Ford Coppola y *Eyes Wide Shut* de Stanley Kubrick, en este caso por su 20 cumpleaños.